

Democracia que no Avanza Del Dedazo al Acarreo

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

EL domingo 17, con estruendo ineficaz como el de los petardos que desde el cerro del Lobo enmarcaron la celebración, el PRI ungió su definitivo candidato al gobierno de Hidalgo, al doctor Otoniel Miranda Andrade, ante la ausencia significativa de los dos senadores hidalguenses, que por temor o por mínima congruencia no viajaron a la capital de su estado, según estaban invitados.

Detengámonos sólo en esa señal inequívoca de atraso político, de vuelta a la prehistoria democrática que es el acarreo. La masa que formó el marco humano ante el cual rindió su protesta el doctor Miranda, no estaba allí movida por su voluntad propia. No estaban allí, sus componentes, en calidad de ciudadanos, de hombres. Forzados a asistir, por una variedad de formas de coacción, su inerte presencia ilustra el modo general en que se desarrollan los procesos electorales.

La situación, por supuesto, no es peculiar del estado de Hidalgo. En estos mismos días se informa que las elecciones municipales en Tamaulipas se resienten por la compra de voluntades —a 30 pesos cada una— que ejerce el candidato a gobernador priista. La denuncia quizá valga tanto como quien la formula: el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana. Pero no es inverosímil: avalan su credibilidad la experiencia reiterada en ese sentido y el papel específico del PARM, que no suele tomar muy a pecho su papel de partido de oposición, sino que es un mucho una prolongación del PRI. La crítica es, así, de algún modo una autocrítica.

★

CUENTAN las viejas crónicas que, memoria flaca como sus cuerpos escualidos, los indígenas hidalguenses obligados a vitorear al general Nicolás Flores, en la época del tránsito de la revolución al gobierno, lanzaban hurras al candidato pero, imprevistamente olvidados de su nombre, sin duda porque no les importaba, consideraban suficiente gritar: "Viva el que dijimo endenante".

Eso ocurría más de medio siglo atrás. Hace 23, el autor de este artículo vio a su padre, ejidatario de la región de Actopan, trepar a los camiones de redilas y ser conducido junto con la muchedumbre de sus compañeros, a Pachuca, para vivir al candidato Quintín Rueda Villagrán y, poco después, al candidato Adolfo Ruiz Cortines.

Largo trascurso del tiempo. Y, sin embargo, muchos fenómenos políticos quedan a salvo de él. Como hace 50 años, como hace 25, todavía las carreteras se llenan de camiones sobre cuyas plataformas se apretujan, macilentos, asustados, los campesinos, esos "hijos predilectos del régimen" como se les ha llamado con sarcasmo exacto. Al propiciarse de esa manera esta suerte de turismo político, se favorece también su participación en los actos del partido al que pertenecen: ¿quiénes si no ellos entienden con el instinto que los candidatos son fungibles, es decir, que da lo mismo uno que otro, y por consecuencia los aplaudirán a todos con la misma cansina, mansa, resignación?

La democracia no avanza si no se da lugar a la militancia deseada, si es preciso constreñir con diversas vías de apremio a que los miembros del partido acudan a los actos relevantes del mismo. Y no habrá esa movilización espontánea mientras no haya correspondencia real entre la acción partidaria y el interés popular.